

LAS ACEITUNAS, Lope de Rueda

(Versión modernizada)

TORUVIO, simple, viejo

ÁGUEDA, su mujer

MENCIGÜELA, su hija

ALOXÁ, vecino

TORUVIO.- ¡Válgame Dios, la que cae desde el monte acá, que parece que el cielo se hunde! En fin, ¿qué tendrá preparado de comer mi señora esposa? ¡Así mala rabia la mate! (*llama a la puerta*) ¡Eo! ¡Muchacha! ¡Manigüera! ¡Pues no estarán durmiendo! ¡Águeda! ¡Eo!

MENCIGÜELA.- (*abre*) ¡Jesús, padre! ¿Tenéis que romper la puerta?

TORUVIO.- ¡Calla, calla! ¿Dónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA.- Allá está, en casa de la vecina, que le ha ido a ayudar a coser unas madejillas.

TORUVIO.- ¡Malas madejillas vengán por ella y por vos! ¡Andad y llamadla! (*sale la niña a buscarla*).

ÁGUEDA.- (*Vuelven*) Ya está, ya está, el señor importante, ya viene de hacer una triste carguilla de leña, que no hay quien se entienda con él.

TORUVIO.- Sí ..., ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado y no podíamos.

ÁGUEDA.- Ya, ya, marido. ¡Y qué mojado que venís!

TORUVIO.- Vengo hecho una sopa de agua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo de cenar.

ÁGUEDA.- ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo nada?

MENCIGÜELA.- ¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TORUVIO.- Sí, después dirá tu madre que es el rocío de la mañana...

ÁGUEDA.- Corre, muchacha; haz un par de huevos para que cene tu padre y hazle la cama. Estoy segura de que no os habéis acordado de plantar el renuevo de aceitunas que os pedí.

TORUVIO.- ¿Y por qué he tardado tanto si no era porque lo estaba plantando?

ÁGUEDA.- Callad, marido. ¿Y adónde lo plantaste?

TORUVIO.- Allí junto a la higuera donde, si os acordaos, os di un beso.

MENCIGÜELA.- Padre, puede entrar a cenar, que ya está.

ÁGUEDA.- Marido, ¿sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantaste hoy, de aquí a seis o siete años, llevará 200 o 300 kilos de aceitunas. Y que, poniendo plantas aquí y plantas allá, de aquí a veinticinco o treinta años tenéis un olivar hecho y derecho.

TORUVIO.- Eso es verdad, mujer; que no puede dejar de ser lindo.

ÁGUEDA.- Mira, marido, ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré la aceituna y vos la llevaréis con el asnillo y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, muchacha, que te mando que no me cobres el celemín [**unidad de medida**] a menos de dos reales castellanos.

TORUVIO.- ¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis que es cargo de conciencia y nos llevará al que pesa el grano cada día? Que basta pedir catorce o quince dineros por celemín [**la mitad de lo que quería pedir la mujer**].

ÁGUEDA.- Callad, marido, que ese olivar es de la cepa de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO.- Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

ÁGUEDA.- No me quebréis la cabeza. Mira, muchacha, que te mando que no las des menos el kilo de a dos reales.

TORUVIO.- ¿Cómo a dos reales? Ven acá, muchacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.- A como queráis, padre.

TORUVIO.- A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA.- Así lo haré, padre.

ÁGUEDA.- ¡¿Cómo «así lo haré, padre»?! Ven acá, muchacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.- A como mandéis, madre.

ÁGUEDA.- A dos reales.

TORUVIO.- ¿Cómo a dos reales? Yo os prometo que, si no hacéis lo que yo os mando, os daré más de doscientos correazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.- A como decís vos, padre.

TORUVIO.- A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA.- Así lo haré, padre.

ÁGUEDA.- ¿Cómo «así lo haré, padre»?! (*pegándole*) Toma, toma, haced lo que yo os mando.

TORUVIO.- Dejad a la muchacha.

MENCIGÜELA.- ¡Ay, madre! ¡Ay, padre, que me mata!

ALOXIA.- ¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así la muchacha?

ÁGUEDA.- ¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere vender las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa. ¡Unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO.- Yo juro por mis muertos que no son aun ni como piñones.

ÁGUEDA.- ¡Sí son!

TORUVIO.- ¡No son!

ÁGUEDA.- ¡Sí son!

TORUVIO.- ¡No son!

ALOXIA.- Señora vecina, tened la bondad de entrar, que yo lo averiguaré todo.

ÁGUEDA.- ¡Averiguadlo!

ALOXIA.- Señor vecino, ¿dónde están las aceitunas? Sacadlas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte kilos.

TORUVIO.- Que no, señor, que no es de esa manera que vuestra merced se piensa; que no están las aceitunas aquí en casa, sino en el campo.

ALOXIA.- Pues traedlas aquí, que yo os las compraré todas al precio que justo fuera.

MENCIGÜELA.- A dos reales quiere mi madre que se venda el kilo.

ALOXÁ.- Cara cosa es ésa.

TORUVIO.- ¿No le parece a vuestra merced?

MENCIGÜELA.- Y mi padre a catorce o quince dineros.

ALOXÁ.- Tenga yo una muestra de ellas.

TORUVIO.- ¡Válgame Dios, señor! Vuestra merced no me quiere entender... Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará 200 o 300 kilos de aceituna y que ella la cogería y que yo la llevara y la muchacha la vendiese. Y que había de pedir a dos reales el kilo. Yo, que no; y ella, que sí. Y sobre esto ha sido la cuestión.

ALOXÁ.- ¡Vaya discusión! Nunca lo había visto. ¡Las aceitunas no están plantadas y a la niña ya le encargaban que las vendiesen!

MENCIGÜELA.- ¿Qué le parece, señor?

TORUVIO.- No llores, chica. Andad, hija, y ponedme la mesa, que yo os prometo comprar un vestido con las primeras aceitunas vendidas

ALOXÁ.- Así me gusta, vecino; entraos allá y tened paz con vuestra mujer.

TORUVIO.- Adiós, señor.

ALOXÁ.- (*Al público*) ¡Qué cosas más raras vemos en esta vida! ¡Las aceitunas no están plantadas, y ya las hemos visto reñidas!

Fin

LA TIERRA DE JAUJA, Lope de Rueda

(Versión modernizada)

HONZIGERA, ladrón

PANARIZO, ladrón

MENDRUGO, simple

(Camino apartado con árboles al fondo, al atardecer.)

(Al levantarse el telón, la escena sola. Unos segundos después entra por el lateral derecho Honzigeria, ladrón, y tras él, andando trabajosamente, su compinche Panarizo.)

HONZIGERA: Anda, anda, hermano Panarizo; no te quedes rezagado, que ahora es tiempo de tender nuestras redes.

PANARIZO: ¿Y cómo quieres que ande, hermano Honzigeria, si no puedo con mis huesos? Tres leguas llevamos dándole a los pies. ¡Ay, yo no aguanto más!

(Se sienta, se saca una bota y se acaricia el pie con gesto dolorido.)

HONZIGERA: ¡Ea!, no te dejes amilanar, hermano Panarizo. Di, ¿tienes hambre?

PANARIZO: ¿Que si tengo hambre? Un pollo me comería con plumas y todo.

HONZIGERA: Pues aguarda y podrás engullirte una buena cena.

PANARIZO: ¿Qué dices, Honzigeria? ¿He oído bien?

HONZIGERA: Has oído perfectamente. ¿Sabes por qué te he traído aquí?

PANARIZO: ¿Y cómo quieres que lo sepa?

HONZIGERA: Escucha. *(Se sienta a su lado y sigue diciendo:)* A estas horas suele pasar por aquí un labrador, un tal Mendrugo, con una cazuela de comida para su mujer, que está en la cárcel. Este Mendrugo es bastante simple, y no nos será difícil, sin que él se dé cuenta, comemos lo que lleva en la cazuela.

PANARIZO: ¿Y cómo nos arreglaremos para ello?

HONZIGERA: ¿Cómo? Aguzando el ingenio, amigo Panarizo. Le contaremos aquel cuento de Jauja, ya sabes; y como él estará embozado escuchándonos, nos embaularemos bonitamente algunos bocados,

por lo menos. (*Escuchando.*) Espera... Parece que se oyen pasos. Voy a ver. (*Se levanta y se asoma al lateral opuesto.*) ¡Sí, es él! Levántate y estate preparado, que ahí llega nuestro hombre.

(*Aparece Mendrugo con una cazuela en la mano, atada con un pañuelo.*)

MENDRUGO: ¡Diablos, esta mujer va a acabar conmigo! Le da por empinar el codo más de la cuenta, luego arma una trifulca y a la cárcel. Y después ¡hala!, Mendrugo que sude y que se afane para darle de comer.

HONZIGERA: (*Acercándose.*) ¿Adónde vas, buen hombre?

MENDRUGO: ¿Adónde voy a ir? A la cárcel, a llevarle el pienso a la Tomasa.

HONZIGERA: ¿Y quién es la Tomasa?

MENDRUGO: La Tomasa, señor, es la esposa de Mendrugo. Y Mendrugo soy yo, para servirle.

HONZIGERA: ¡Vaya, vaya! ¿Y qué llevas en ese recipiente?

MENDRUGO: Ah, ¿esto? No es ningún recipiente; es una cazuela. Llevo unas albóndigas para la Tomasa, que se pirra por ellas. Las he hecho yo mismo, con carne de la mejor, huevos y especias, todo bien rebozado con harina blanca.

HONZIGERA: Estarán buenas.

MENDRUGO: Como para chuparse los dedos.

HONZIGERA: ¿Y le llevas todos los días la comida a la cárcel?

MENDRUGO: Todos, sin faltar ni uno solo. ¡Y menudos trabajos me paso para poderla mantener! Trabajo como un burro desde la mañana hasta la noche, y encima esta caminata, cuando ya apenas puedo tenerme en pie.

HONZIGERA: ¡Qué pena! ¡Pensar que te ahorrarías todos esos trabajos si vivieras en la tierra de Jauja!

MENDRUGO: Y eso ¿con qué se come?

HONZIGERA: ¡Cómo! ¿No sabes lo que es la tierra de Jauja? Ven, siéntate un momento con nosotros y te describiremos todas sus maravillas con pelos y señales.

MENDRUGO: Bueno, pensándolo bien, un ratito de descanso no me vendrá mal. (*Se sienta entre Honzigera y Panarizo y se dispone a escuchar, luego de poner la cazuela sobre las rodillas.*) A ver, ¿qué tierra es ésta? (*Durante el diálogo que sigue, Honzigera y Panarizo se las arreglarán, de la manera más cómica posible, para irse engullendo las albóndigas de la cazuela, procurando cada uno distraer a su víctima para dar tiempo a que el otro coma.*)

HONZIGERA: Verás... Es un lugar en donde pagan a los hombres por dormir.

MENDRUGO: ¿Es verdad eso?

HONZIGERA: La verdad pura.

PANARIZO: Una tierra en donde azotan a los hombres que se empeñan en trabajar

MENDRUGO: (*Con la boca abierta.*) ¡Qué me dice!

PANARIZO: Como lo oyes.

MENDRUGO: ¡Oh, qué buena tierra! Cuénteme las maravillas de ese lugar por su vida.

HONZIGERA: (*Volviendo, con un rápido movimiento de mano, la cara de Mendrugo hacia él.*) Escucha.

MENDRUGO: Ya escucho, señor.

HONZIGERA: Mira: en la tierra de Jauja hay un río de miel y otro de leche, y entre río y río hay una fuente de mantequilla y requesones, y caen en el río de la miel, que no parece sino que están diciendo: «cómeme, cómeme».

MENDRUGO: ¡Pardiez!, no hacía falta que me lo dijeran a mí dos veces.

PANARIZO: (*Repitiendo el ademán de Honzigera.*) Oye, amigo.

MENDRUGO: Ya oigo, ya.

PANARIZO: Mira: en la tierra de Jauja hay unos árboles que son de tocino.

MENDRUGO: ¡Oh, benditos árboles! Dios los bendiga, amén.

PANARIZO: Y las hojas son de pan fino, y los frutos de estos árboles son de buñuelos, y caen en el río de la miel, y ellos mismos están diciendo: «máscame, máscame». (*Mendrugo se pone a mascar, como si*

los tuviera en la boca.)

HONZIGERA: Vuélvete acá.

MENDRUGO: Ya me vuelvo.

HONZIGERA: Mira: en la tierra de Jauja las calles están empedradas con yemas de huevo, y entre yema y yema, un pastel con lonjas de tocino.

MENDRUGO: ¿Asadas?

HONZIGERA: Asadas, fritas y de todo, de modo que ellas mismas están diciendo: «trágame, trágame».

MENDRUGO: Ya parece que las trago.

PANARIZO: Escucha, bobazo.

MENDRUGO: Diga, diga.

PANARIZO: Mira: en la tierra de Jauja hay unos asadores de trescientos pasos de largo, con muchas gallinas, capones, perdices...

MENDRUGO: (*Relamiéndose.*) ¡Huuuum! ¡Con lo que a mí me gustan!

PANARIZO: Y junto a cada ave un cuchillo, de modo que no es necesario más que cortar, pues ellos mismo lo dicen: «engúlleme, engúlleme».

MENDRUGO: (*Pasmado.*) ¡Cómo! ¿Las aves hablan?

HONZIGERA: Óyeme.

MENDRUGO: Ya le oigo, señor. Me estaría todo el día oyendo cosas de comer.

HONZIGERA: Mira: en la tierra de Jauja hay muchas cajas de confituras mazapanes, merengues, arroz con leche, natillas...

MENDRUGO: Por favor, señor, más despacio, que así no puedo gustarlo como quisiera.

HONZIGERA: Y hay unos barriles de vino dulce junto a las confituras, y unas y otras están diciendo: «cómeme, bebeme, cómeme, bebeme.. ..»

MENDRUGO: ¡Ay, ya parece que las como y las bebo!

PANARIZO: Mira: en la tierra de Jauja hay muchas cazuelas con huevos y queso.

MENDRUGO: ¿Como ésta que yo traigo? (*Mira la cazuela*) ¡Anda, si está vacía! (*Honziguera y Panarizo hacen mutis corriendo. Mendrugo, dando voces tras ellos*) ¡Ladrones! ¡Ladrones! (*Se detiene de pronto y mira la cazuela tristemente*) Me han dejado sin un buñuelo. ¡Pobre de mí! ¿Y qué hago yo ahora? (*Pausa*) Pobrecillos, a lo mejor es que tenían hambre... ¡Que Dios les perdone el daño que me han hecho! La culpa la he tenido yo, por creer que hay tierras en donde se puede vivir sin trabajar. Esto me servirá de lección (*Vase tristemente por donde vino*).

Fin